

nes importantes con su práctica y habilidad, sin contar que continuó siendo siempre el compañero de viaje de Juan Federico de Sajonia, hasta que abrumado de trabajo y de enfermedades murió en 1545, es decir, antes que Lutero.

Entre los varones importantes que adoptaron después la nueva religión, secundó mucho á Lutero el instruídísimo é inteligente Gaspar Cruciger, que á los veinte años, en 1524, fué rector de Magdeburgo y á los veinticuatro años cate-drático y predicador en Wittenberg. Otro varon notable fué Valentín Dietrich, de Nuremberg, hombre fogoso, que después de muchos años de intimidad con Lutero se separó de éste y combatió el resto de su vida como predicador, en Nuremberg, su patria, las tendencias católicas que se manifestaban en la población. Juan Agrícola, compatriota de Lutero, natural de Eisleben como él, hombre de mucho saber y talento, fué el primero que suscitó divergencias serias en el círculo de los reformadores de Wittenberg, atacando á Melancton como renegado de la doctrina evangélica de la gracia (1527). En 1537 tuvo un choque mucho mas vivo con Lutero, que se exacerbó tanto que Agrícola hubo de huir de Wittenberg. En general puede decirse, no obstante, que los teólogos que rodeaban al reformador conservaron su union enfrente de los contrarios, bien que estos últimos no eran ya como al principio exclusivamente papistas, sino que además del radicalismo evangélico se había introducido por el año 1525 un cisma funesto entre la reforma de la Alemania del Norte y la del Sur.

Pasando revista á los príncipes y soberanos partidarios de Lutero, no faltan á la verdad personajes en la Alemania del Sur que se inclinaban mas ó menos públicamente al Evangelio luterano. El mas importante entre ellos era el marqués Casimiro de Brandeburgo, pero su atencion principal se dirigía á aumentar su poder terrenal y político, sirviéndose as-tutamente de los Habsburgos para subir, sin rechazar por eso la idea de aprovechar la revolucion si se ofrecia la oportunidad. De la misma manera se inclinó á la reforma para dominar mejor al clero de sus territorios, así como para dominar á los nobles creó con sus súbditos una especie de milicia. Su hermano Jorge era en cambio sinceramente reformista y abandonó su posicion singular en la corte de Hungría para retirarse á sus nuevos dominios, situados en Silesia. La influencia de todos estos señores en la reforma religiosa fué sin embargo insignificante, como lo fué la del conde palatino Luis de Veldenz, luterano decidido, y del marqués Felipe de Baden, favorable á la reforma. Una influencia mas decidida en ella tuvieron algunos príncipes de la Alemania del Norte, en primera línea el elector de Sajonia y después el landgrave de Hesse, el cual, jóven, enérgico y el mas político de todos sus colegas alemanes, hizo suya la causa de Lutero. Posteriormente refirió él mismo que al principio, como papista celoso, había expulsado á los predicadores reformistas y que una vez en tiempo de cuaresma había comido con remordimiento de conciencia dos patos, producto de su cacería. No rompió con la Iglesia católica por ningun motivo mundano sino solo por su deseo sincero de ilustrarse en la gran cuestion religiosa, formando su criterio propio con la lectura de la Biblia, con las polémicas y conversando con Melancton, sin que fueran parte á retraerle de su propósito ni las amonestaciones de su madre, ni la indignacion de su suegro, Jorge de Sajonia, al cual él mismo quiso convertir. En la primavera de 1525, teniendo entonces veintiun años de edad, declaró al duque Juan de Sajonia que prefería perder la vida, su territorio y sus súbditos antes que abstenerse de la palabra de Dios. A pesar de su juventud había asistido á mas de una accion guerrera, y con su actividad, arrojo y mirada viva hizo despertar de su letargo á muchos señores ale-

manes. Ya hemos dicho antes que trató de acercarse á Federico el Sabio y que se entendió antes de la muerte de éste con su sucesor. Joaquin de Brandeburgo y mas todavía Jorge de Sajonia, después de haber pasado por las tribulaciones de la guerra de los campesinos, que para ellos era naturalmente resultado de la herejía, se lisonjearon de poder llevar á sus aliados luteranos otra vez al camino recto; pero todas sus tentativas solo condujeron á la formacion, desde el verano de 1525, de alianzas de magnates luteranos y anti-luteranos. La Alemania estuvo condenada á vivir veinte años bajo la amenaza de una guerra religiosa siempre inmediata, y al fin el emperador juzgó conveniente desencadenar esta guerra.

Ya en el año 1524 se habían iniciado alianzas de esta clase, dando el primer ejemplo aquella reunion de príncipes católicos en Regensburgo después de la clausura del parlamento de Nuremberg, y por otro lado el acuerdo de las ciudades de la Alemania del Sur con los condes rhinianos reformistas para un caso imprevisto. Al propio tiempo el conde Alberto de Mansfeld aprovechó el secreto, ya divulgado, de una amenaza contra la Sajonia electoral para inducir al duque Juan á la creacion de una liga de príncipes reformistas. Esta cuestion se hizo urgente cuando en julio de 1525 Jorge de Sajonia, el alma del partido católico, en una reunion organizada en Dessau consultó á los hermanos electores Joaquin y Alberto y á los duques de Brunswick Erico y Enrique sobre la manera de cegar la fuente y origen de la revolucion, exterminando la «maldita secta luterana;» cuando el mismo duque Enrique emprendió el viaje á España para implorar el auxilio del emperador, y cuando una asamblea de representantes de todas las sillas sufragáneas del arzobispado de Maguncia se decidió á pedir á Carlos V mandatos ejecutivos contra todas las autoridades luteranas. A esto se agregaron la paz de Madrid, la intencion anunciada por el emperador de pasar al imperio, y la actitud siempre sospechosa del duque Jorge; en fin, todo se juntó para tener muy presente el consejo del conde de Mansfeld de no tranquilizarse con la especie de que Dios conduciría todo á buen fin, sino tener presente que Dios prefiere servirse de los hombres para ejecutar sus intenciones. Solo la necesidad extrema pudo empujar á un soberano tan pacífico y ajeno á toda política como el ya anciano Juan de Sajonia á tomar disposiciones de defensa empleando la fuerza contra la fuerza, diciendo: «No hago daño á nadie, pero no quieren que crea mas á Dios que á los hombres.» El landgrave Felipe, muy decidido, recomendó una alianza entre los príncipes de la misma opinion y con las ciudades luteranas, á pesar del disgusto gravísimo que reinaba entre aquellos y estas. Las citadas negociaciones fueron el principio y fundamento de la liga posterior de Esmalcalda. El landgrave decia que no solamente el Evangelio sino tambien la oposicion á las amenazadoras tentativas de los Habsburgos de hacer la dignidad imperial hereditaria en su familia, facilitarían el camino á la alianza; mas por lo pronto sus esfuerzos y los de Sajonia tropezaron en todas partes con una gran reserva hasta de parte de la ciudad de Nuremberg, cuyo auxilio se había considerado como seguro. Siempre fué ya un resultado decisivo que el príncipe sajón, tan concienzudo y cauto, continuara al lado del landgrave, con el cual hizo en febrero y marzo de 1526 en Gotha una alianza que fué firmada en mayo siguiente en Torgau, por la cual ambos príncipes se prometieron su auxilio mútuo con todas sus fuerzas contra cualquier ataque. A esta alianza se adhirieron en una reunion tenida el 12 de junio en Magdeburgo un gran número de soberanos de la Alemania del Norte, como Ernesto de Luneburgo, Felipe de Grubenhagen, Enrique de Meklenburgo, Wolfgang de Anhalt, Alberto de Mansfeld y la belicosa ciudad de Mag-

deburgo, decidida adversaria de su arzobispo. Facilitó mucho la formacion de la alianza el haberse presentado á los interesados la instruccion imperial dada á Enrique de Brunswick, encargado expresamente de organizar por lo pronto una liga de todos los príncipes y condes anti-luteranos. Con el fin de aumentar sus fuerzas propias insuficientes, los aliados luteranos se dirigieron á la nobleza de Bohemia solicitando su auxilio. No formaba ya parte del imperio el territorio de la órden teutónica, que en 10 de abril de 1525 había sido transformado en un ducado hereditario y feudatario de la corona de Polonia. El gran maestre y marqués Alberto, puesto en duro aprieto por la política de los Habsburgos favorable á los Jagellones, abandonado completamente por el imperio y bajo la amenaza de ver renovada la guerra con la Polonia, guerra que necesariamente había de acabar con la expulsion completa de la órden del territorio todavia no polonizado, habíase decidido por la secularizacion del territorio y su transformacion en feudo polaco, tanto mas cuanto que era ya interiormente adepto de la nueva doctrina y estaba seguro de la aprobacion de sus obispos de Pomerania y de Smland. Verdad es que en los últimos años había procedido con muy repugnante duplicidad por consideracion al Papa, escribiendo casi simultáneamente á Adriano VI comunicándole la intrusion en su órden de la «ponzoña luterana» y á Lutero para pedir sus consejos sobre la reforma de la órden. Habiendo prestado homenaje al rey de Polonia como duque hereditario, este acto fué el primer ejemplo de una secularizacion en grande escala; mas para la liga de los reformistas alemanes resultó muy poco aumento con el ingreso del nuevo duque, que solo quiso obligarse á dar un contingente de cien jinetes. Sin embargo, á consecuencia de su casamiento con una hija del rey Federico de Dinamarca ingresaron tambien éste y el rey Gustavo de Suecia en la liga, con lo cual se inició lo que un siglo después resultó ser la salvacion del protestantismo alemán.

Por lo pronto el aliado mas seguro de los reformistas continuó siendo el odio á los Habsburgos, odio que en el interior del imperio producía la discordia entre los católicos y en el extranjero levantaba toda clase de fuerzas contra el exceso de poderío del emperador. Para formar juicio de los alemanes de aquella época es característico que durante algun tiempo pensaron los reformistas ganar á su partido al príncipe elector y arzobispo de Tréveris, partidario furioso de los franceses. La oposicion á la casa de Habsburgo se mostró particularmente eficaz en la casa de Baviera, sobre todo en la línea electoral, que al parecer se proponía hacer elegir al duque Guillermo rey de Romanos ó sea sucesor en la dignidad imperial. La línea del Palatinado trató en cambio muy pronto de volverse á aproximar al emperador y hasta el mismo elector de Tréveris, á pesar de ser desde octubre de 1525 aliado del landgrave Felipe, juzgó prudente aceptar pensiones de Carlos y de Fernando, sin que por esto renunciaran los bávaros á sus intrigas contra la eleccion de un Habsburgo para sucesor á la dignidad imperial.

Mientras Carlos V aplazaba la realizacion de su deseo de pasar á Alemania ante otras exigencias mas urgentes de su política europea, la atencion de su hermano se concentraba cada vez mas en la Hungría, donde el derrumbamiento del dominio cristiano reformista era casi seguro; al mismo tiempo que la revolucion no estaba todavia completamente sofocada en los Estados hereditarios del Austria. En estas circunstancias se procuró otra vez dejar la cuestion religiosa para un nuevo parlamento alemán. Este parlamento, cuya fama no es tan fundada como generalmente se cree, fué convocado para el 1.º de mayo de 1526 en Spira, y Fernando después de vacilar si debía abrirlo en persona ó aplazarlo, lo

abrió en 25 de junio. No se presentó ninguno de los príncipes católicos considerados como jefes del partido, quizá en atención al ningun resultado que había dado el parlamento anterior, y poco mas ó menos no fué otro el del parlamento convocado en Spira. Como antes, hubo mayoría de católicos; como antes se puso en cuestion el derecho de las ciudades para tener voz y voto en el parlamento, y como antes se pidió de parte del gobierno imperial la ejecucion del edicto de Worms hasta la reunion de un concilio general. En cambio produjo alguna impresion que los jefes del partido reformista, el elector Juan y el landgrave Felipe, se presentarían personalmente en el parlamento y que ante una multitud inmensa sus predicadores explicarían la nueva doctrina. Sus contrarios miraron casi como un reto que no observarían los ayunos. Las ciudades, entre cuyos habitantes la reforma religiosa contaba con el mayor número de adeptos, no se asociaron en seguida con los príncipes correligionarios suyos por el descontento que reinaba entre príncipes y ciudades en general. Muchas de estas habían sido tratadas brutalmente por los príncipes, como había sucedido últimamente con la ciudad libre de Muhlhausen justamente por parte de los soberanos de Sajonia y del Hesse; pero la conciencia del interés religioso comun fué mas poderosa en el parlamento que todos los demás intereses divergentes. Dieron el ejemplo las ciudades, que en una exposicion de quejas pidieron que se invistiera á toda autoridad territorial del libre derecho de disponer lo que juzgara conveniente tocante á ceremonias, abusos y demás cuestiones relativas al gobierno de la Iglesia ínterin se reuniera el concilio. La ciudad de Nuremberg se preparó para la contingencia de que la mayoría del parlamento se mostrara opuesta al deseo de las ciudades, y así como hasta entonces se había negado á aceptar las proposiciones de alianza que se le habían hecho por parte de Felipe de Hesse, á la sazón cambió de improviso, reservándose su decision para mas adelante. A excitacion de muchas ciudades se nombró una comision de ocho miembros para admitir y elaborar proposiciones eclesiásticas y presentarlas al parlamento. Entre los laicos había tres decididamente reformistas y uno que era favorable á la reforma de la Iglesia en sentido católico. Además la situacion política general y la guerra entre el Papa y el emperador influyeron para que la comision llegara á un compromiso por el cual permitía la comunión en ambas formas y hasta el matrimonio de los sacerdotes, conservando por otra parte los siete sacramentos, los ayunos, muchas fiestas y el uso exclusivo de la Vulgata como texto oficial de la Biblia. La situacion iba á presentarse todavia mas favorable para los luteranos cuando al elegir una comision general del parlamento, en la cual se concedían á las ciudades dos representantes, la mayor parte de los votos del colegio laico de los príncipes recayeron sobre la persona del landgrave de Hesse; ya que como refiere un ciudadano de Nuremberg, había muchos luteranos entre los consejeros de estos príncipes, y según escribió Spalantino, «no se había hablado en ningun parlamento todavia tan libremente y con tanta osadía del Papa y contra el Papa y demás obispos y clérigos como en este de Spira.» En esta situacion, se interpuso el archiduque Fernando con la publicacion de una instruccion imperial que hasta entonces había tenido secreta.

Este documento, fechado en 23 de marzo, hacia saber que el emperador se pondría en Italia de acuerdo con el Papa tocante al concilio general, y pedia que hasta entonces ó hasta su llegada á Alemania los miembros del imperio no hiciesen ni resolviesen nada que fuese contrario á la fe cristiana ó á los usos de la Iglesia, sino que cumpliesen y aplicasen lo mandado por los parlamentos de Worms y Nurem-

berg. El objeto del archiduque al publicar esta instrucción fué por una parte imposibilitar todo nuevo paso en la cuestión religiosa y por otra parte inducir á los magnates del imperio ante todo á prestar pronto auxilio contra los turcos. La indignación fué casi general y hasta se sospechó que la citada instrucción fuese apócrifa, pero el archiduque consiguió á lo menos una parte de su objeto, aunque no el reconocimiento puro y simple del edicto de Worms; pues que las ciudades declararon como antes que la ejecución del edicto era totalmente imposible, sin contar que cuando se redactó la citada instrucción estaban unidos el emperador y el Papa, mientras que á la sazón la fuerza armada de este último hacia la guerra al emperador. En esto encontró el consejo de los príncipes electores un medio para salir del compromiso, cuyo medio fué aceptado por el parlamento, á saber: que cada uno de los miembros del imperio procediera en materia de religión como pudiese responder ante Dios, ante el emperador y ante el imperio. Fué el arzobispo de Tréveris quien indicó este remedio, diciendo que cada uno era muy libre de obedecer al emperador ó no.

Fuó una coincidencia singular que entonces justamente se tratara en Granada de mitigar las penas impuestas por el edicto de Worms, á fin de que pudiese intervenir personalmente en Italia el archiduque Fernando; pero de la amenaza iracunda soltada en otro tiempo por el emperador de servirse de Lutero contra el Papa, no se trató ya ni remotamente, y aun respecto de la concesión de la disminución de penas del edicto de Worms hecha con muchas reservas y cláusulas consultó el emperador una vez más á su hermano. Esta nueva carta imperial, fechada en 27 de julio, no influyó en nada, como antes se creyó, en las resoluciones de Fernando, porque la recibió después de la clausura del parlamento. Los Estados ó miembros del parlamento convinieron en enviar una embajada al emperador para solicitar la pronta convocación de un concilio general ó nacional, quedando consignado en el acta de clausura del parlamento, firmada en 27 de agosto, que hasta la reunión del concilio se viviera, gobernara y obrara en asuntos del edicto de Worms como cada uno creyera y esperara poder responder ante Dios y ante el emperador.

En este compromiso, nada ambiguo, se ha querido ver, como dice Ranke, la base legal de la formación de iglesias nacionales en Alemania: grande error, pues que la responsabilidad ante el emperador no aparece de ningún modo subordinada á la responsabilidad ante Dios, y respecto de la opinión verdadera de Carlos V no podían tener ninguna duda los magnates alemanes, aunque un folleto del año 1526 cree que el piadoso, benigno y religioso emperador de ningún modo podía haber mandado cosa alguna que fuese contra la palabra de Dios y contra la utilidad general. Además el acta de clausura del parlamento repetía en su introducción claramente la voluntad del emperador, que era que en materia de religión no se hiciera ninguna novedad ni se tomara determinación ninguna; por manera que el acto del landgrave de Hesse y otros magnates no estaba conforme ni con la letra ni con el sentido de la citada acta de clausura cuando inmediatamente después dedujeron como consecuencia de ella el derecho de fundar iglesias evangélicas nacionales. Muchos de estos magnates al tomar tales resoluciones, se expresaron de un modo muy distinto de aquel sentido. La verdad es que en las grandes revoluciones no se tienen en cuenta títulos de derecho; la reforma religiosa alemana llevó, por decirlo así, su derecho en sí misma; y si al fin llegó á tener una existencia legal en el imperio, no lo debió por cierto á su derecho, sino á la fuerza bruta y á la fortuna de las armas protestantes, ante las cuales hubieron de inclinarse

los defensores inflexibles de la letra. Como en tantos otros casos triunfó el particularismo alemán sobre el imperio, que como colectividad se había mostrado siempre incapaz de resolver los grandes problemas de reforma.

El parlamento de 1526 no hizo más que aplazar la decisión de la cuestión religiosa, con lo cual excitó á los diferentes miembros del imperio á gobernarse, como estaban ya acostumbrados á hacerlo hasta entonces, según sus propios intereses, por contraria que fuese esta conducta á la letra de sus resoluciones. Con esto ganó la reforma religiosa en Alemania otra vez muchos años, que fueron preciosos para su propaganda y robustecimiento, habiendo ganado además entre los soberanos alemanes y en la persona del landgrave de Hesse un adalid laico muy valioso.

Mientras en Italia se decidía la lucha contra el dominio extranjero en favor de éste, la Alemania pudo salvar á lo menos algo de sus grandes objetos nacionales, y al propio tiempo se realizó en el Este una transformación política que resolvió para muchos siglos una antiquísima cuestión. El año 1527 es el año del nacimiento de la monarquía austriaca, del imperio intermedio entre el Oriente y el Occidente, tantas veces proyectado y temporalmente realizado y que al parecer estaba exigido imperiosamente por la seguridad de la Europa occidental, á la sazón muy amenazada. La monarquía austriaca nació bajo el cetro de los Habsburgos, y en esto como en otras cosas la política previsora de Maximiliano obtuvo su triunfo después de la muerte de este emperador.

La antigua Austria de los Babenberg y la gran colonización de las comarcas al Este del Elba, que desde el siglo XII hasta el XIV germanizó el país más allá del Oder, á lo largo de la costa del Báltico hasta la Livonia, se habían extinguido gradual y especialmente por el poderoso desarrollo de las naciones eslavas, para las cuales siempre había sido antipática la raza alemana. La reacción nacional contra la germanización y sobre todo contra la civilización de las ciudades alemanas se manifestó con mayor fuerza en Bohemia, donde el movimiento husita se dirigió no solo contra el dominio eclesiástico sino también y principalmente contra el elemento alemán, que durante la dinastía bohemía ó checa nacional de los Przemysl había conquistado una posición privilegiada. En Polonia y Hungría estallaron también combates encarnizados contra los comerciantes é industriales alemanes y, como en Bohemia, se unieron al odio nacional contra los extranjeros concupiscencias y pasiones políticas. La nobleza con energía indómita se levantó en estos países del Este sobre las ruinas de las instituciones monárquicas y de la libertad del pueblo, hasta llegar á disponer completamente del poder. Sabido es que la aristocracia bohemía salió vencedora del movimiento husita después de un breve dominio de los elementos democráticos. El rey Jorge Podiebrad, elegido de entre la nobleza, tuvo durante su gobierno las mayores luchas con sus magnates indóciles, cuya situación respecto de los dos sucesores del citado rey queda bien expresada con la frase: «Tú eres nuestro rey, pero nosotros somos tus amos.» La ley llamada de Wladislao del año 1500 para la Bohemia señala, como la célebre constitución de 1496 para la Polonia, el punto más alto de este desarrollo político. La democracia aristocrática, es decir, la baja nobleza polaca, llegó á prohibir á la clase media de las ciudades la posesión de inmuebles y sujetó la clase rural á la gleba, apoderándose además de casi todas las dignidades eclesiásticas. En Hungría también supo la baja nobleza apoderarse al lado de la nobleza alta de una parte muy notable del gobierno del país, en el consejo del Estado y en las asambleas ó parlamentos siempre tumultuosos. La revolución de los campesinos de 1514 propor-

cionó la ocasión de introducir la servidumbre ó esclavitud corporal.

Estas tendencias influyeron en los tres países en la marcha de su política exterior, además de las consecuencias funestas que en su vida interior se produjeron. La realización de la idea de formar una nación grande y poderosa, idea que se manifestó de cuando en cuando, quedó siempre imposibilitada por las diferentes corrientes nacionales. Ya en el siglo XIV, el rey Luis el Grande había reunido bajo su cetro la Hungría y la Polonia; después habían sido agregados estos dos reinos por Segismundo de Luxemburgo, al paso que la revolución husita despertaba la conciencia de la afinidad entre los pueblos checo y polaco y daba lugar á que la unión política de ambos pueblos empezara á echar raíces. La Polonia se vió impelida por las circunstancias á extender sus fronteras y á apoderarse de territorios que le daban acceso al Báltico, para lo cual no tenía más medio que conquistar

el territorio de la orden teutónica y unirse con la Lituania á fin de quitar toda importancia á la citada orden. No se limitaron á esto los proyectos polacos de engrandecimiento, que amenazaban absorber también la Bohemia, la Hungría y otros países del bajo Danubio; proyectos tanto más plausibles cuanto que la monarquía nacional duró muy poco tanto en Bohemia como en Hungría. Jorge Podiebrad atendió principalmente á los asuntos políticos alemanes y del Oeste de Europa; y su yerno, más capaz que él, Matías Corvino, que le quiso arrebatar la corona de Bohemia, descuidó igualmente la misión natural del Estado de Hungría en el bajo Danubio para emplear sus fuerzas en la fundación de un gran imperio internacional en aquella parte de Europa, como lo realizaron después los Habsburgos. Se olvidó de establecer la comunicación con el mar Negro, condición necesaria y que tampoco pudo realizar más adelante, en 1497, el rey de Polonia, Juan Alberto. El ejército de este monarca, com-



El rey Luis de Hungría y su esposa María (facsimile de un grabado en madera de Alberto Durero)

puesto de nobles refractarios á la disciplina, demostró la ineptitud de aquella nobleza soberana y absoluta para acometer grandes empresas militares, cuando justamente se hacían cada vez más necesarias é indispensables. En efecto, dos grandes potencias habían surgido en el Este de Europa, cuya rivalidad posterior no era entonces todavía manifiesta, á saber: el imperio turco y el futuro imperio ruso, que desde la liberación del yugo tártaro se había ido desarrollando desde el antiguo gran ducado de Moscovia para llegar á suplir poco á poco al imperio bizantino, transformado en la monarquía militar turca. Tanto en el imperio turco como en el ruso existía una profunda aversión á la religión y civilización del Occidente, y para engrandecerse los dos imperios por este lado se ofrecieron como primeros objetos de ataque para los turcos la Hungría y para los rusos cismáticos la Polonia.

El emperador Maximiliano siguió las tradiciones de su casa al emparentarla con la de los Jagellones, ya que la heredera de los Piastas, la princesa Eduvigis, había sido la desposada de Guillermo de Austria antes que se viera obligada á dar su mano á Wladislao Jagellon, soberano de Lituania. Después, desde 1437 hasta 1457, habían estado bajo un mismo cetro el Austria, la Bohemia y la Hungría, y cuando quedaron vacantes los tronos de Hungría y de Bohemia, los Habsburgos hicieron valer sus pretensiones de herencia fundadas en un arreglo hecho en 1364 con la casa de Luxemburgo, si bien los magnates de ambos reinos reclamaron con éxito su derecho de elegir su rey. La pretensión de Maximiliano á la corona húngara fué un nuevo motivo que tuvieron los grandes de Hungría para rechazarla después de la

muerte del gran rey Matías, ocurrida en 1490. Fundaba Maximiliano su pretensión en un convenio hecho en 1463 entre el emperador Federico y el citado rey Matías, convenio en el cual Matías había prometido en caso de no dejar heredero varón la sucesión en el trono de Hungría al emperador ó á un hijo suyo. Eliminado Maximiliano, eligieron los húngaros á Wladislao, descendiente de Jagellon, que á la sazón, es decir, desde 1471, era ya rey de Bohemia. Hombre débil que á todo decía que sí, consintió que el parlamento húngaro de 1505 declarara que la decadencia del reino procedía de haber ocupado el trono reyes extranjeros, y tomara en su consecuencia la resolución de elegir en adelante después de la muerte de Wladislao solo húngaros para su trono. Los magnates al tomar este acuerdo no hicieron caso de la paz de Presburgo, que en 1491 había renovado el arreglo de sucesión de 1463 á favor de Maximiliano y de sus descendientes. Fué menester toda la obstinación de los Habsburgos, que no faltó tampoco á Maximiliano á pesar de su volubilidad, para asegurar, á pesar de todo, á su familia la adquisición de las dos coronas de Hungría y de Bohemia ó á lo menos entronizar en ambos países una familia amiga. Esto se hizo por medio del casamiento convenido en 1507 y pactado en 1515, pero realizado solamente en mayo de 1521, entre el archiduque Fernando y la princesa Ana, hija del rey Wladislao, mientras en enero del año siguiente se casó el hermano de la princesa Ana, el rey Luis II de Hungría (nacido en 1506), con la infanta María.

La familia de Habsburgo vió coronados más pronto de lo que creía sus deseos ambiciosos. El rey Luis, que á la muerte de su padre, ocurrida en 1516, no había llegado todavía á

la mayor edad, dejó muy debilitado el trono de los Jagellones en Bohemia; y mientras á las turbulencias de los grandes de Bohemia se añadieron las divergencias religiosas resuscitadas por la reforma religiosa en Alemania, la anarquía llevó á la Hungría á una catástrofe. El joven rey deseaba disfrutar de la vida y su esposa inteligente y enérgica excitó el descontento de los húngaros rodeándose de alemanes y manifestando públicamente sus simpatías por la herejía alemana. Desde el año 1522 se estaba predicando en Hungría el Evangelio, especialmente en la Transilvania entre la población sajona, pero también en Odenburgo y en la Hungría alta. En la corte contaba la nueva doctrina con protectores como el margrave Jorge, el ex-ayo del rey y el embajador imperial, mientras la reina María nombró predicador suyo á Cordatus, austriaco apasionado, que después trató mucho é íntimamente á Lutero. La nobleza húngara, de la cual el nuncio del Papa había dicho que jamás rechazaría lo que los alemanes rechazaban, se indignó contra las tendencias luteranas. Tenía á su cabeza al vaivoda de Transilvania, Juan Zapolya, que había adquirido gran renombre con la sofocación sangrienta y cruel de la revolución de 1514, y que durante algún tiempo había alimentado la esperanza de casarse con la princesa Ana. El objeto principal de este magnate era la corona de Hungría; para lograrlo trató de servirse de la baja nobleza, tan fácilmente excitable; y nada califica mejor la situación, que rayaba frecuentemente en rebeldía, que el lenguaje de los embajadores polacos. Según ellos, la situación interior de Hungría podía considerarse dichosa si se comparaba con la situación política interior de Polonia, y en su opinión no había más remedio para restablecer en Hungría un orden regular que la revolución ó un ataque del extranjero.

Esta situación quedó manifiesta en toda su fealdad cuando los turcos efectuaron su invasión, por tanto tiempo temida. No habían sido vanas declamaciones las exhortaciones del pontificado y de las grandes potencias cristianas para combatir el peligro turco, aunque en el fondo las personas que mas usaban tal frase eran las que acaso se cuidaban menos de este peligro. En el reinado de Selim I la política belicosa de los sultanes, sin la cual una potencia militar absoluta y despótica no puede existir, se había dirigido del lado del Oriente y había arrebatado un pedazo de la Persia y destruido en 1517 el dominio de los mamelucos en Egipto, con lo cual los sultanes de Turquía adquirieron la dignidad de califas. Después el nuevo sultán Soliman II desde su subida al trono en 1520 emprendió una serie de campañas en Europa. En 1521 los húngaros, por no haber respetado la persona de un embajador turco, experimentaron la venganza del joven sultán, que les quitó sus fortalezas fronterizas mas importantes, Schabatz y Belgrado. Al año siguiente, á pesar de la heroica defensa de la formidable plaza de Rodas por los caballeros de San Juan, la perseverancia de los turcos logró su objeto después de veinte asaltos ineficaces y de soportar pérdidas horrorosas; y en 21 de diciembre de 1522 el gran maestre tuvo que capitular y emigrar con sus caballeros, pasando por Creta á Italia, hasta que en 1530 la orden volvió á establecerse sólidamente en Malta. El gobierno de Constantinopla no pudo menos de conocer que las discordias religiosas y políticas del Occidente ofrecían la mejor ocasión para atacarle. Los gobernadores y generales turcos hablaban en la capital de Turquía de que se había suscitado contra el Papa un anti-Papa llamado Martín Lutero, que, como ellos, los mahometanos, no quería imágenes en las iglesias. Antes de la batalla de Pavía los franceses, bien que con el mayor secreto, entablaron negociaciones con los turcos, y se convino que uno de los magnates croatas, Cristóbal Frangipane, in-

vadiera por encargo de Francisco I y unido con el bajá de Bosnia la Estiria y la Carintia. Después de la prisión del rey de Francia, su madre se dirigió al sultán suplicándole que acudiera á su auxilio y Francisco I unió sus súplicas desde España, á las cuales contestó Soliman con otra carta diciendo: «Nuestro caballo está ensillado noche y día y llevamos ceñido nuestro sable.» En la primavera de 1526 decidióse el sultán á conquistar la Hungría, y en su consejo de guerra se dijo que la posesión de Buda era indispensable para asegurar el imperio turco. El nuncio escribió á Roma: «Si viene el turco, Su Santidad puede considerar la Hungría como perdida.» El joven rey de Hungría solo pudo oponer al enemigo de veinte á treinta mil hombres contra un número quizás diez veces mayor. Juan Zapolya, del cual se sospechaba que deseaba ver á su patria humillada, estaba con sus fuerzas apartado cuando en 29 de agosto fué derrotado en la pantanosa llanura de Mohacs el pequeño ejército húngaro, que, sin esperar refuerzos, se lanzó con arrojo temerario sobre los turcos, cuyas trescientas piezas de artillería dieron luego cuenta de sus enemigos. De estos cubrieron miles de cadáveres el campo de batalla, contándose entre los muertos dos arzobispos, cinco obispos y un gran número de magnates, y delante de la tienda del sultán fueron amontonadas por vía de trofeo 2,000 cabezas de cristianos. El rey Luis se ahogó en su huida al querer atravesar un arroyo crecido. Los turcos se extendieron por el país, pasando todo á fuego y sangre, y el sultán celebró el pequeño Beiram en Buda, pero regresó á su país sin haber asegurado la posesión del país conquistado. Su campaña se limitó á una de aquellas expediciones espantosas que muchos siglos antes habían dado á conocer en Alemania y hasta dentro de Italia al pueblo húngaro pagano.

Apenas habían quedado vacantes las coronas de Hungría y Bohemia, empezó una lucha activa y acalorada para apoderarse de ellas. En Hungría la situación se presentaba fácil, porque desde luego solo hubo dos rivales posibles, el archiduque Fernando y Juan Zapolya; pero era muy distinta en Bohemia, que por su situación geográfica estaba y había estado siempre rodeada de multitud de vecinos codiciosos, grandes y pequeños. A la sazón figuraban entre los candidatos, además del rey Segismundo de Polonia, los alemanes Joaquín de Brandeburgo, Juan de Sajonia y su hijo Juan Federico, el duque Jorge, los duques de Baviera Guillermo y Luis, Alberto, el nuevo duque de Prusia, al cual el duque Federico de Liegnitz, partidario de la reforma religiosa, había invitado á solicitar la corona real, é hizo lo posible para impedir la elección de Fernando á fin de facilitar la corona de Bohemia á su soberano feudal el rey de Polonia. Pero los rivales verdaderamente peligrosos para el archiduque Fernando fueron únicamente los duques de Baviera, cuyo agente calculó necesitar 200,000 florines para ganar á los electores bohemios y se halló en relaciones con el embajador del rey de Francia, al cual también se propuso para el trono de Bohemia. Los duques bávaros se opusieron entonces sin perder ocasión ninguna y con la mayor perseverancia á la formación de una gran potencia de la casa de Habsburgo, tanto dentro del imperio como fuera, al paso que ambicionaban también el trono de Bohemia y la dignidad de rey de Romanos. «Jamás, dice Ranke, acometió la casa de Austria otra empresa igualmente peligrosa» pero la elección verificada en 23 de octubre de 1526 recayó, con gran consternación de los bávaros, en la persona del archiduque, lo cual se debió principalmente á la habilidad superior del embajador austriaco; y Baumgarten dice con razón que Francisco I cometió un fatal error, como en la lucha por la dignidad de rey de Romanos, en haberse olvidado de buscar el apoyo enérgi-

co de un rival alemán de los Habsburgos. En aquella elección de Praga, dice Huber, quedó decidida entonces no solamente la suerte de Austria sino la de Europa.

Fernando no ganó á los bohemios, como se ha supuesto antes, con concesiones religiosas; porque á pesar de las antiguas relaciones de algunos calixtinos y de los hermanos bohemios con Lutero, no había que temer en Bohemia una pronta victoria de la reforma religiosa. Justamente en los últimos años habían vuelto á acercarse los católicos y calixtinos, y Gallus Cahera, clérigo ambicioso, que había tratado personalmente con Lutero y había protegido durante algún tiempo la tendencia reformista en Praga, se hizo instrumento de aquella reacción, como administrador de la comunidad calixtina. Los artículos que los Estados del reino presentaron al nuevo rey electo para que los firmara pidieron igual justicia para los católicos y calixtinos; pero prohibieron expresamente el matrimonio de los sacerdotes, la violación de los ayunos y la blasfemia contra los santos. Fernando, que se mostró muy firme cuando los Estados trataron de imponerle una capitulación electoral, prometió el perfecto cumplimiento de lo pactado, y además que procuraría hacer confirmar los pactos por el Papa, lo cual habían prometido igualmente Wladislao y Luis. También reconoció haber sido elegido por la libre voluntad de los Estados, pero rechazó con buen éxito muchos artículos que implicaban una disminución esencial del poder real. Sus enemigos esperaban que esta obstinación le costaría la corona, pero al fin se efectuó en 24 de febrero de 1527 la solemne coronación en Praga. En los países dependientes de la corona de Bohemia, como la Moravia, la Silesia y la Lusacia, que no habían figurado en la elección, fué reconocido Fernando en virtud del derecho de herencia de su esposa, derecho rechazado en Bohemia. También Fernando procuró hacer valer este derecho en Hungría, pero no lo consiguió, ni tampoco fué admitida su pretensión muy débil de haber sucedido en el trono del país en virtud de convenios anteriores. La opinión nacional y la fuerza de la baja nobleza se opusieron á tales intentos. Un observador polaco creyó que los húngaros, por odio á los alemanes, habrían llegado hasta hacer alianza con los turcos. En 10 de noviembre de 1526 fué proclamado Zapolya rey de Hungría en Stuhlweissenburg y coronado al día siguiente, todo para no elegir á un extranjero. Existía la idea de casar á Zapolya con la reina viuda María; pero esta valerosa habsburga hizo cuanto pudo para proporcionar la corona á su hermano, y mas con promesas que con obras verdaderas, á manera de todos los Habsburgos, consiguió reunir un reducido parlamento en Presburgo, cuya asamblea eligió rey al archiduque Fernando en 17 de diciembre, porque sus embajadores tuvieron la prudencia de legalizar la sucesión del archiduque al trono de Hungría con un simulacro de elección nacional. En este archiduque Fernando se personificó, como en su hermano mayor Carlos V, la ambición que distingue á su familia y que no creyó nada demasiado elevado ó lejano para ella. En efecto, este príncipe había ambicionado, además de la dignidad de rey de Romanos ó sea el derecho de sucesión á la dignidad imperial, para cuya pretensión tenía desde 1525 la conformidad del emperador, la adquisición del ducado de Milan, y en vida de su suegro puso el pie en la Croacia, cuyos magnates le nombraron protector, y hasta había pensado en hacerse rey de Bosnia. A la sazón había logrado la corona de Bohemia, mas para ser rey de Hungría de hecho era menester valerse de las armas, y en las circunstancias mas desfavorables, cuando la Francia, el Papa, Venecia, la Polonia y los duques de Baviera se habían puesto á porfía del lado de su rival Zapolya. Este último, con incomprensible indolencia, en lugar de aprovechar la situación, dejó á su contrario tiempo, concediéndole un ar-

misticio, para que pudiera prepararse á la guerra, de modo que en el verano de 1527 pudo Fernando sorprenderle á la cabeza de un pequeño pero robusto ejército y arrojarle hasta la Transilvania. Un parlamento convocado en Buda reconoció al Habsburgo como rey legítimo y en 3 de noviembre se verificó la coronación en Stuhlweissenburg.

El gran cambio de situación efectuado en la persona de Fernando, antes lugarteniente casi impotente del lejano emperador, ejerció una influencia directa y considerable en dos conceptos: primero fué un gran contratiempo para Carlos V que su hermano justamente en el momento mas crítico de la lucha decisiva en Italia tuviera que ser partidario de la paz; y segundo, que Fernando, siendo ya rey de Bohemia y de Hungría, estuviera en una situación muy distinta de antes enfrente de los miembros del imperio alemán, pues que sus dominios se extendían casi sin interrupción desde la alta Alsacia hasta la Hungría y desde el mar Adriático hasta el río Oder. Verdad es que su situación en Hungría no descansaba todavía sobre bases firmes y que en el imperio alemán se redobló la oposición de los duques de Baviera; pero á pesar de esto la fundación de la nueva y vasta monarquía austriaca fué un suceso que aumentó grandemente la agitación de los dos partidos religiosos que luchaban en Alemania, y en lugar de una guerra contra los turcos, parecía inmediata una guerra civil religiosa.

El nuevo arreglo de la situación eclesiástica se hizo de una manera muy distinta en los dos partidos religiosos á causa de la larga ausencia del emperador y de la impotencia del imperio como poder colectivo. Cada soberano hacia en su territorio lo que mejor le parecía; pero desde luego hay que decir que ninguno de ellos practicó la tolerancia, si bien los reformistas, á pesar de ser los revolucionarios religiosos, observaron por regla general con los católicos mayor moderación que estos con ellos. Verdad es que los decretos del duque de Prusia (julio de 1525) y de su hermano el marqués Casimiro (agosto de 1525) impusieron grandes penas á cuantos se permitieran discrepar de la Reforma en los sermones, y hasta se cuenta que en Prusia se aplicó la pena de muerte á algunos contraventores; pero en general los gobiernos reformistas procedieron con una moderación que la Iglesia antigua no había conocido. No había todavía posibilidad de una existencia pacífica y simultánea de las dos tendencias religiosas en un mismo país, y difícilmente podía llevarse la consideración mas léjos que la llevó el landgrave Felipe, el cual, en un sínodo que convocó en Homberg en octubre de 1526, permitió á los católicos defender públicamente su opinión religiosa. Por supuesto que esta minoría, después de haber sucumbido en estos debates «libres» ante la mayoría, no pudo obtener que se reconociera en adelante su creencia como legal. El landgrave era mas entusiasta que sus otros colegas soberanos del nuevo ideal religioso. Un fogoso francés, Francisco Lambert, ex-fraile minorita, presentó al sínodo de Homberg una ley eclesiástica para cuya votación propuso una especie de plebiscito representado por medio de una lista firmada por todos los hombres, mujeres y niños que aprobaran los nuevos arreglos. Deseaba el ex-fraile construir sobre esta base una constitución eclesiástica presbiterial, organizada democráticamente y en la cual el príncipe soberano y la nobleza, es decir, los señores territoriales tuvieran solo una parte. Mas este proyecto atrevido no fué puesto en ejecución y el landgrave prefirió el medio mas cómodo de confiar el arreglo al dictamen de la reunión de obispos. A esta determinación le indujo principalmente la crítica de Lutero, á quien no gustó el proyecto á causa de su multitud de artículos y de disposiciones difusas. Aquellos